

Hormigas encarnadas

Byron Sandoval

John Jay College (CUNY)

—Pan de dios, levántate.

En el firmamento vi con claridad que las nubes no siempre son blancas, que el albedrío no siempre oculta la tristeza y que yo era aquella hormiga.

Me llevó un largo tiempo levantarme de mi petate. Resultó que ya era la hora del almuerzo cuando me desperté. Como si tuviera pesas sobre todo el cuerpo caí rendido la noche anterior. Después de una noche de copas es bueno alentarse. Ayer fue domingo y ameritó la parranda excesiva. Fui a la cocina, donde estaba lista ya una sopa de res en la mesa. Había un plato hondo y blanco, de cerámica, y alrededor había saleros y estaba la canasta para las tortillas. El protagonista estaba en su plato esperando a su comensal. Nadaba, el pedazo de carne del tamaño de dos meñiques. Era náufrago en un caldo verdoso y nublado que además tenía elote y lechuga y un pedazo de yuca sancochada al punto. Todavía con los ojos colorados y la garganta seca, entré demandando la comida como un cavernícola. Mi madre me la había servido mucho antes de que se la exigiese y la devoré en menos de un minuto.

—Cuidado que te vas a atragantar, Max —me gritó desde un rincón de la cocina.

—No se apure, señora, que si muero por comer seré el hombre más feliz del mundo.

—Ay, Max, vos y tus cosas.

Me reí y ella se fue a poner frijoles en la cocina de barro negra que estaba al lado mío. Me levanté de un salto con energías encontradas. Tenía toda la tarde para mí. Ya no tenía que ir a la milpa porque me la habían quemado. Parado frente a la puerta gris, teñida por los años, pensé en esa pequeña hormiga que viajaba parada verticalmente. Ella no tenía mucho control de lo que pudiera pasar. Hasta el viento la podría azotar contra el suelo. Sin embargo, quien movió a esa diminuta fui yo. La agarré delicadamente con intención de no aplastarla y la hice aterrizar en el suelo terroso. Se aferró y corrió encima de una semilla de guayaba. Abrí la puerta y partí a mi caminata.

Corrí por el viñedo de los Santos. Escondí en la boca un pedazo de mango verde, de esos mangos pequeños que solía bajar de los palos en el potrero de Los Silencios junto a mis amigos. Nadie veía bajo ese candente sol, nadie veía a nadie. Al lado del camino improvisado por el tiempo, se encontraba tirado un manojo de uvas violetas. Las gallinas se las comían. Espanté a las cuatro con una piedra que les tiré a las patas. Las uvas eran de las mejores, era un desperdicio el dejar que se las comieran unas gallinas. Justo cuando iba

a recoger una vi que hormigas marchaban en fila por el camino sin siquiera tocar la uva, hasta las hormigas respetaban a los Santos. El fruto que se hubiera convertido en uno de los vinos más famosos del país ahora tocaba mi boca.

Los Santos eran una familia rica que había perdurado un centenario, cumplido este mismo año. Eran los mandamases del pueblo y no había alma que pudiera ir contra su voluntad porque eran ricos y poderosos. Una vez, de pequeño, le pregunté a mi madre qué era el poder y me dijo: “Es cuando pisas los polluelos de otro y no te llevas ninguna repercusión”.

La riqueza, bueno, su riqueza estaba transformada en el trabajo de los granjeros que les pagaban alquiler por usar las tierras. Llevábamos en ese sistema ya mucho tiempo y no teníamos cognición de otra manera de vivir. Ellos tenían conexiones en todos lados, desde el alcalde hasta el presidente de la república. Una familia todopoderosa no iba a necesitar algunas frutitas que les sobraban.

—Ey, ¿qué hace usted? —me gritó una voz dulce casi al oído.

—Nada, aquí, pasando —le dije con la boca llena.

—Y ¿qué es lo que tiene en la boca?

—Nada, señorita, nada —vociferé, preparándome para correr.

Sin embargo, una mano pequeña y suave me tocó el hombro lleno de sudor. No la apartaba por nada del mundo. Decidí enfrentar a esa ave perdida, ya no tenía escapatoria. Entonces la vi, observé ese pelo lacio y marrón como la tierra que se lucía, vi sus ojos claros y verdes como de felina que me miraban hasta el miedo, vi su diminuta nariz rojiza por el sol, vi sus labios pequeños y rosados que se movían; vi su cuello blanco y terso, vi su vestido de franela que cubría todo, desde sus escualidos hombros hasta sus rodillas de harina, vi sus pies plantados en la tierra, y vi su esplendor, sin siquiera respirar. No sé por cuánto tiempo la escudriñé, pero fue lo suficiente para dejarme su imagen grabada en el cerebro.

—Entonces, ¿para dónde va usted? —me gritó cuando intenté escapar de nuevo.

—Perdone, señorita, yo solo pasaba y se cayó la fruta. Pensé que no había problema en recoger lo que se iba a echar a perder

—Ése no es el problema, el lío está en que usted huye como ladrón.

—Entiéndame, señorita, no quiero tener problemas con nadie de los Santos.

—¿Por qué? ¿Que ha robado algo más?

—No, pero esa familia no perdona ni una piedra que se les pierda.

—¿No está claro que lo de uno se tiene que afianzar?

—Sí, pero una cosa es afianzar y otra es pasarse de avaro, ¿no cree?

—Cuidado con lo que dice porque luego lo escuchan las aves en el cielo y se le arma una bien grande.

—Sí, verdad, qué triste.

—Ha estado muy gallito usted desde que empezamos a hablar. ¿Que no sabe quién soy?

—Tengo una idea, no soy tan bruto.

—Al parecer lo es. El que practica el engaño no morará en mi casa; el que habla mentiras no permanecerá en mi presencia. Ya basta de calumnias.

—No son patrañas, nada más verdades dolientes.

—Concuerdo, lo que le va a doler.

Se fue. Me opuse tanto a Gabriela Santos por rencor, tal vez, o por ingenuidad. El día no había terminado y yo, casi que seguro, había firmado la sentencia de muerte de Maximiliano Camus. Mi sentencia. Me fui de regreso a casa pues, si quiera, le iba a decir adiós a mi madre, discretamente.

Llegué a la casa sudando. Me eché agua de un barril que teníamos afuera para despabilar. Me detuve a ver mi reflejo en el agua cristalina. Vi una cara morena y fea. Una cara de chiquillo. Flor Camus no lo sabe aún pero su hijo morirá un lunes en la víspera de Semana Santa. Nunca le dije nada. No me atreví a decirle que se me dio por abrir la boca que me dio. No hay suerte para los que no creen en los Santos. Nada aparte de ellos importa acá.

La puerta resonó como el trueno divino y dos oficiales entraron como el viento golpeante. Traían un leño grande y ancho; era negro como el abismo y pesado como el golpe de un boxeador. Uno cargaba el tronco y el otro una soga.

—¿Y eso para qué es? —preguntó Flor Camus.

—Para el muerto —le contestó uno de los compinches.

—Pero si aquí no mora la muerte.

—No se fíe. Los gusanos y las hormigas se arrastran por su paso.

—Se equivoca, los únicos que se mueven son las orugas.

—Yo diría que son hijillos de polilla.

Me empujaron entre los dos y me llevaron amarrado de las manos con el poste de madera encima de los hombros extendidos ¿Dónde erré? Me pregunto si callar es ganar en esta situación. En esos pensamientos quedé hasta que todo se volvió negro luego del sonido de tambor que surgió de mi cabeza.

Desperté malhumorado y en un lugar fuera de mi conocimiento. Había tierra en el piso y una puerta que vislumbraba un poco de luz; la única luz que entraba en el cuarto negro y con olor a cloro. Se oía el cabalgar de caballos que provenía de afuera de las puertas cerradas. De pronto, se abrió la puerta y entró un señor blanco hasta la coronilla como si hubiera sido escondido en una montaña humana de nieve. Sólo sus cabellos eran negros, de un negro teñido.

—¿Qué? ¿Cómo me lo han tratado? —me dijo con su voz ronca de perro.

—Jaja, como usted comprenderá —le dije sarcásticamente.

—Tiene muchos huevos, ¿no?

—Los suficientes.

—Qué mala suerte que sea tan bruto como para no entender quién manda.

—No, señor, yo no tengo suerte. Mire, de mi caminata habitual terminé por su propiedad. Agarré esa fruta prohibida que estaba tirada en el camino y nos encontramos aquí, Lázaro.

—Y acepta su culpa, entonces.

—No, acepto que nunca tuve las de ganar.

—Es lo mismo, ¿no?

—No, señor, es que estaba ciego, pero ahora cae la luz ante mis ojos.

—Y ¿de qué se trata esa luz?

—De la verdad oculta, la verdad oculta en este lugar.

—Verdad, esa palabra peligrosa...

- El peligro es para uno de ingenuo y campesino, ¿no es así?
—Ciertamente, llegando a esa verdad no hay nadie que pueda quedarse sin decir nada, pero no se ha dado cuenta de la verdad que preside a la suya.
—¿Cuál?
—Que aquí se hacen las cosas como las digo y mando.
—Qué triste.
—¿Qué cosa?
—Que hasta ahora estoy viendo cómo son las cosas.
—Sí y se la va a llevar hasta el valle de los mudos.
—Sí, es como si el infante haya muerto antes de nacer, ¿no?

Lázaro Santos me vio de reojo y cerró la puerta al irse. Quedé solo en el cuarto abismal. Es gracioso que la fuerza de voluntad que mi madre me inculcó para sobrevivir en este pueblo haya resultado en la catálisis de mi terquedad.

En una tarde apacible, el cuervo se posó sobre un palo de mango esperando el momento de su entrada. Había un viento cálido que se abrazaba a la piel, alrededor del cuello y de los brazos. Olía a pasto, aunque no hubiera nada más que tierra por todo el potrero. Maximiliano Camus estaba frente una multitud parado y amarrado a un palo de mango en cuyas raíces había un hormiguero. Esperaba lo que el hombre le deparó. Había cinco fusiles encima de un tronco, todos iguales, todos para el mismo propósito. La gente murmuraba, pero de nada de eso se dio cuenta Maximiliano Camus, pues, el corazón le golpeaba más fuerte que el bullicio. Lázaro Santos ordenó que cuatro voluntarios junto con Flor Camus se acercaran al tronco y agarraran un arma. Los cinco fueron traídos a punta de cañón, se les señaló el hacer una fila horizontal, manteniendo a Flor Camus en el extremo izquierdo. Frente al cuerpo de carne, atado, el hombre del extremo derecho recibió la señal. Sonó el gatillo, pero no hubo explosión, a Flor Camus le corrió una gota de sudor helado en la frente. Luego, el siguiente en la fila jaló el gatillo y tampoco se oyó un disparo, Flor Camus empezó a rezar en silencio. El tercero intentó disparar, pero fue de balde. Flor sonreía en su interior. Llegó el cuarto intento, pero no hubo impacto. Flor Camus estaba agradecida desde el fondo de su corazón porque dios había escuchado sus plegarias. Finalmente, disparó y del fusil salió un humo gris con olor a pólvora. Maximiliano Camus murió de un solo tiro al corazón. Ante el ruido una hormiga corinta se desvió del camino hacia su hormiguero. Siguió hacia el prominente orificio colorado en su pecho de Maximiliano Camus. Danzó alrededor. Soltó su llamado a otras como ella y poco a poco un manto bermejo y vivo se formó encima de Maximiliano Camus. Él era el epicentro de una espiral de la muerte, de un tornado de miles de hormigas circulando encima de una viva herida.